

Mié

6 Ene

Homilía de Epifanía del Señor

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Hemos visto salir su estrella, y venimos a adorarlo”

Pautas para la homilía

Los Magos y los niños

No pensemos, por el título, que la fiesta de los Reyes Magos es sólo para los niños, aunque estos sean los protagonistas. Porque en el grupo de los tres famosos camelleros se encuentra lo eterno y más importante de nuestra infancia, y lo que más admiramos y envidiamos de adultos: la conciencia de que existen muchas más cosas además de las que se ven con los sentidos. Porque existen cosas bellas, creemos en la belleza, aunque no la podamos ver; porque existen Teresa(s) de Calcuta, creemos en la bondad y en la santidad, aunque no lo podamos ver con nuestros ojos; y porque existen los niños, creemos en la inocencia, aunque tampoco la podamos ver ni oír.

En este sentido, existen los Reyes Magos, y los niños nos lo recuerdan. Y nos recuerdan también que, desde la adoración de los Magos, lo más importante que traen a cuantos creen en ellos, es precisamente belleza, bondad, inocencia y santidad, aunque sea envuelto en papel de regalo y unido a lo que solemnemente solicitamos. No importa que no podamos ver sus camellos y sus personas, alegrémonos porque los demás puedan ver en nosotros las señales de su presencia.

¿Todavía queda algún escéptico recalcitrante? Pues los señores alcaldes no suelen hacer cosas sin sentido. Y el nuestro ayer por la tarde, hacia las 17,00 horas, movilizó a toda su guardia municipal y hasta él mismo fue a la estación a esperarlos y a encontrarse con montones de niños que, bien abrigados y pertrechados, no quisieron perderse el acontecimiento. Aunque sólo sea por las canas de la autoridad, un poco de respeto y no nos atrevamos a negar la autenticidad de los gestos.

Los Magos, la estrella y las estrellas

“¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo”. El nacimiento de Jesús, como el de cualquier otro personaje importante, se creía en aquel entonces que tenía que ser anunciado con un prodigo en el firmamento. Por eso, se habla con toda normalidad de Jesús y de su estrella.

En realidad, no sólo Jesús, todos necesitamos tener una estrella.

La persona humana siempre, pero hoy de forma especial, ha necesitado y necesita vivir sabiendo para qué vive. Necesita ideales, un norte hacia el cual dirigir sus pasos. Los Magos la vieron o, al menos, la intuyeron, y la siguieron.

Seguir la estrella, aparte el romanticismo que encierra, conlleva dificultades. Con seguridad que los Magos las tuvieron, y nosotros las tenemos también. Están las propias dudas, el miedo, el riesgo que conlleva toda aventura. En última

instancia, la posibilidad de la misma muerte en el empeño. Y, al lado de los problemas propios de la persona, los de fuera. Cuando no nos entienden a veces ni los seres más queridos, quizá porque no han visto lo que nosotros vemos, o porque lo cómodo, lo seguro –según ellos- es seguir en lo de siempre, sin complicarse ni arriesgarse en la vida.

Nuestras estrellas hoy son más visibles, más seguras que la de ellos. Nosotros lo tenemos más fácil. Tenemos la Iglesia, los sacramentos, el culto, la investigación de veinte siglos para que todo esté más claro. Sólo queda el problema de la ilusión y la fe que ellos y nosotros necesitamos para seguir la estrella, incluso cuando momentáneamente desaparece.

Epifanía

Dios es siempre epifanía. Dios no hizo y no hace más que manifestarse. Desde que “la Palabra vino a su casa, aunque los suyos no la recibieran” (Jn 1,11), no se ha mudado de hogar y allí sigue entre nosotros. Desde que “la Palabra se hizo carne, puso su morada entre nosotros y hemos contemplado su gloria” (Jn 1,14), no ha dejado de revelarse a todo el que se ha acercado a ella con un corazón limpio.

El relato, por tanto, de la adoración de los Magos es más que la descripción de un episodio. Es la explicación del proceso de todo aquel que, abandonando experiencias epidérmicas y superficiales, se lanza a la búsqueda del infinito, del sentido de la vida. El texto evangélico describe a las personas que, dejando seguridades y comodidades, se ponen en camino guiados por la estrella de la fe; y también a aquellas que redescubren la luz de la estrella en las noches de sus vidas y, llenos de alegría, retoman el camino emprendido.

No importa que los que tenían que velar, duerman. No importa que los mejores conocedores de la revelación, acostumbrados a la Palabra de Dios, se muestren sordos en el momento decisivo de la historia. Los Magos ni siquiera se escandalizan. Lo suyo es la estrella y su mensaje. Lo suyo es llegar y adorar.

¿Dónde está Dios?

Esta es la traducción que hoy podríamos hacer nosotros de la pregunta ingenua pero genuina y auténtica de los Magos: “¿Dónde está el Rey de los judíos?” La pregunta provocó en Herodes algo más que desazón y susto. Hoy, en general, no provoca nada. No interesa el tema.

Pero, la pregunta no la inventaron los Magos, es una preocupación inherente a toda persona humana en búsqueda de la Verdad. Se ha intentado responder a través del tiempo y de la historia, sin que estos intentos hayan llegado a satisfacer plenamente la necesidad de sentido y de autenticidad de los humanos. Por eso, la pregunta sigue y seguirá de actualidad.

Sabemos que ésta es la gran pregunta que nos podemos hacer en la vida y, de cuya respuesta, depende la vida misma, la temporal y la eterna. Y, junto a esta nueva vida, acertar en la respuesta incidirá en la felicidad o infelicidad de la persona humana. Su grandeza o miseria como ser humano, depende de acertar o no con la solución adecuada a la demanda planteada.

Bien que mal, aquellos sabios de Jerusalén pusieron en el buen camino a los Magos. La estrella hizo el resto. Hoy las estrellas y los “sabios” somos nosotros. Los mistagogos somos nosotros. En parte al menos, de nosotros depende la adecuada o no tan acertada orientación de los buscadores y soñadores actuales hacia Dios.

“Venid, adorémosle”

Al final de la peregrinación de los Magos –lo mismo que al final de la nuestra-, el encuentro con Dios. Y, en él, la oferta y la adoración. Los Magos ofrecieron oro, incienso y mirra. Según cantábamos en una antigua antífona dominicana: “Oro, como para un rey; incienso para el Dios verdadero; mirra para su sepultura”. ¿Y nosotros, qué? Puede que lleguemos con las manos vacías, sin oro, incienso o mirra. Pero, como el Niño a los Magos, nos ofrecerá su mano y, con ella, una vez más su gracia, y nos dirá: Tranquilo, tranquila, “tus obras son el fruto de mi gracia. Yo no tengo necesidad alguna de tus dones. Soy yo quien me doy a ti a perpetuidad”. Y entonces, nosotros, como los Magos, diremos: Hemos venido a adorarlo. “Venid, adorémosle”

